

EL BARRIO ÉTICO-POLÍTICO DE LA CIUDAD DEL LÍMITE.

Fernando Pérez-Borbujo Álvarez

En esta "ciudad del límite" hay un barrio, correspondiente al uso práctico de la razón fronteriza, que ha sido objeto de una atención esmerada por parte de su autor: el ético-político. Ya desde el inicio de su aventura filosófica, en *La filosofía y su sombra* (1969), la cuestión humanista, la pregunta por quién es el hombre, en qué consiste la condición humana, cuál es su fin y sentido, ha centrado gran parte de la reflexión filosófica de Trías.

A lo largo de su inmensa producción Trías ha ido desvelando la naturaleza de ese ser fronterizo, el hombre. Primero mostrándonos su naturaleza pasional y erótica; después su profunda vitalidad y dinamismo, su idea de la fuerza y el poder; posteriormente, en el marco de la ciudad y de la polis, su capacidad creadora y civilizadora, pero también sus contradicciones y conflictos.

Será sobre todo en su filosofía intermedia, a partir de *Los límites del mundo* (1985), en la que se va forjando su propuesta de una filosofía del límite, cuando la condición humana nos muestre, en la línea del pensamiento moderno de Kant y Heidegger, la condición trágica del ser moral humano. Sometido al imperativo de una voz moral que le impele a realizarse pero sin acertar a identificar al sujeto de esa voz ni entender con claridad el contenido de dicho mandato, el ser humano se muestra como un ser conscientemente moral, que ha de hacer de su vida ética una aventura de realización personal. Los inmensos peligros de esa condición moral del ser fronterizo, suspendido entre un cerco del aparecer y un cerco hermético, radican en ignorar ese carácter trágico de la dimensión moral. El ser fronterizo sólo puede realizar su vida como un aprendizaje

moral sobre su propia condición, sobre sus excesos y defectos, sobre sus propensiones a dejarse alucinar por la presencia de cuanto es olvidándose de esa voz trascendental que le impele al reino espiritual de lo invisible, que le convoca y le llama.

No obstante, ha sido en sus obras *Ética y condición humana* (2000), *Ciudad sobre ciudad* (2003) y *La política y su sombra* (2005), donde de un modo más claro y sistemático ha expuesto Trías su pensamiento ético-político. El fronterizo está sometido a una voz imperativa, a una orden, que le impele a realizar en plenitud su propia condición fronteriza, lo cual le advierte de los peligros de olvidarse de alguno de los ámbitos integradores de su propia condición: el cerco hermético y el cerco del aparecer. Releyendo la vieja sabiduría griega en torno a la *hybris*, desencadenadora del conflicto trágico, Trías, muy sensible a la dimensión de sombra y oscuridad que rodea a la razón, porfiando siempre por un pensamiento ilustrado, crítico pero no ingenuo, percibe la dimensión moral del problema del mal. Cercano al planteamiento de autores como Hobbes, Hegel o Schelling, que han tenido siempre muy claro que lo inhumano es propio de la condición humana, que la libertad humana radica en el poder para violentar, profanar y violar la propia condición, Trías percibe en la conciencia moral el verdadero baluarte frente a esa propensión del hombre hacia el mal, la profanación y la *hybris*, proponiéndole una ética de la prudencia y la buena vida, alternativo al modelo aristotélico.

Kant y Aristóteles, el deber y la prudencia, son llamados a convivir fecundamente en esta ética del ser fronterizo en la filosofía del límite. Las distintas variaciones históricas y culturales en el *ethos* y en la moral de las distintas conformaciones culturales que pueblan la historia humana responden al esfuerzo recreador y libre del ser

humano por adecuarse éticamente a su propia condición fronteriza. La libertad sigue siendo el eje central de una concepción de la ética que no puede apelar a decálogos, normas o prescripciones hechas; a falsas morales a la carta para acallar la conciencia libre y moral del ser humano como ejecutora del proyecto ético de realizarse a sí mismo. Toda moral es fruto de la experiencia histórica humana, siempre provisional y revisable, aunque acumule en su seno una indudable riqueza sobre la condición humana, desvelada en su desarrollo histórico. De ahí que, desde su concepción de la razón fronteriza, origen de los mundos simbólicos religiosos y estéticos, Trías conciba las diferentes tradiciones religiosas y estéticas de la Humanidad como un verdadero tesoro de sabiduría ética.

No obstante, la acusación de formalismo a la ética kantiana es recogida por la propia reflexión triasiana. La ética kantiana adolece de impelir al sujeto a someterse a un deber absoluto que desposee a su voluntad de todo interés particular y egoísta, y le obliga a universalizarse y educarse, a espiritualizarse en términos de Hegel, sin determinar en modo alguno una teleología o sentido de ese deber, reduciéndolo a un puro mecanismo de la acción. Trías, por el contrario, concibe con Aristóteles que la vida humana impele a un fin, tiene un sentido: la *eudaimonia*. Ya Schopenhauer, en la línea de Kant, advirtió de los peligros de entender la *eudaimonia* en términos de felicidad, como ideal forjado empírica e imaginativamente. Los cielos imaginados por la Humanidad a lo largo de su historia parecen difíciles de reconciliar en una única Jerusalén celestial. No obstante, Aristóteles hablaba de una verdad antropológica y metafísica, de la realización prudente de una naturaleza humana que mediante la razón debía llegar a la plenitud de sí, a la plena realización y actualización de sus potencias, en orden a alcanzar una

vida plena. Trías retoma esta idea de Aristóteles para hablarnos de que la vida humana, en tanto que limítrofe, ha de ajustarse a su propia condición fronteriza, uniendo la razón a su dimensión simbólica, la libertad a la realidad del bien y del mal, el misterio del nacimiento al misterio de la muerte. No somos sólo razón autoconsciente, no somos sólo norma y deber, no somos sólo realidad visible y presente a los ojos de los demás, no somos sólo vida oculta y encerrada en lo hermético. Somos esa condición humana, tan extraña, lábil, frágil y ambigua, capaz de lo mejor y de lo peor, de lo angélico y lo demoníaco, de lo divino y lo bestial.

Esta condición humana es la que se proyecta en el espacio de lo público, lo civil y lo social. Lo humano es realidad personal que se desarrolla en lo comunitario, en compañía y convivencia con lo humano. Pero ese espacio es, desde *El artista y la ciudad* (1976) a *El lenguaje del perdón* (1981), el ámbito a la par de la realización y de la herida humana: la afrenta, la humillación, la palabra que hiere, la ofensa, la maledicencia, el engaño, la traición. El espacio humano no es la *Arcadia Ego* soñada por los rousseanianos y los defensores de la Edad de Oro. Por tanto, la política no tiene como fin tan sólo asegurar el bien común, maximizar la realidad humana mediante la amistad, la alegría compartida, la cooperación mutua, sino también velar por la seguridad de sus miembros mediante el ejercicio legítimo del monopolio de la violencia. El Leviatán se alza, como nos recuerda Trías, para aplacar la sombra de toda condición humana, el odio caínico fratricida, la pulsión freudiana de muerte, *Tánatos*, que aqueja a todo lo humano, amenazando continuamente con malograr toda aventura creadora de *Eros*.

El Estado ha de velar por la seguridad como valor político fundamental que permita la realización de un proyecto ético

personal donde el valor básico de la vida, fuente de todo otro valor, esté asegurado. En la línea del menospreciado Carl Schmitt, Trías nos recuerda que toda obra política se mueve en la dinámica amigo/enemigo, en un terreno fronterizo que ha de limitar y proteger lo propio frente a lo ajeno. Toda la política moderna y contemporánea sería incomprensible sin esa sombra de la violencia potencial y la barbarie que amenaza toda vida humana. Sin el mal la vida del hombre sería sin duda comunitaria pero apolítica. Vemos, por tanto, que para Trías no hay filosofía puramente teórica o especulativa, desvinculada de la vida y que se mueva en la pura abstracción. Al igual que tampoco hay verdadera filosofía que sea puramente práctica e interesada, olvidada de toda capacidad de enjuiciamiento y reflexión. La filosofía es un impulso unitario que muestra toda su fuerza y su lógica en todos los ámbitos y espacios de la vida humana. Fuertes son las verdades que la filosofía del límite ilumina en el espacio ético-político, verdades tan profundamente humanas que pueden resultar 'duras' para el paladar de un hombre contemporáneo que parece querer olvidar su propia condición fronteriza.